



Camila Luque Rozo  
Laura Rincón Ballesteros  
Carolina Ortiz Suarez

# Ruta --88--

LAS QUE NO SE CONTARON





# Ruta --88--

LAS QUE NO SE CONTARON



Crónicas y ficciones

Ruta

--88--

LAS QUE NO SE CONTARON

Camila Luque Rozo  
Laura Rincón Ballesteros  
Carolina Ortiz Suarez

*Ruta 88. Las que no se contaron*

**Carátula:** Carlos Julián Rozo Gómez

**Pre-prensa, edición, diagramación:**

Carlos Julián Rozo Gómez

carlosjulianrozo@gmail.com

Cartagena de Indias - Colombia

*Dedicado al tiempo,  
Que nos trajo hasta este momento.*



## Prefacio

“La tradición nunca calla; desde innúmeras bocas sale su coral, profundo y lento, dirigido siempre por la voluntad de confirmarse, de no morir. Muchos oídos se distraen y no la oyen por oírse a sí mismos; se creen que lo saben todo. Pero ella sabe más porque está compuesta de la legión de los que supieron hacer. Mientras que nosotros no pasamos de ser los que queremos hacer.”

– Pedro Salinas, Jorge Manrique o tradición y originalidad.

La vida humana se sostiene en la cultura. Cada sociedad construye a través del tiempo un conjunto de ideas, símbolos y prácticas sociales que, como hilos, entretienen una red llamada identidad.

La cultura, por ser uno de los conceptos más difíciles de entender, ha sido el principal objeto de estudio de antropólogos, historiadores, etnólogos, sociólogos, arqueólogos, entre otros; que encuentran en su realidad inmediata una definición propia y diferente a la del otro, sin embargo, coinciden en que la cultura constituye el eje fundamental de toda sociedad. Según Claudio Malo, en su libro *arte y cultura popular* (1996), “La comprensión cabal de los pueblos, solo es posible si se toman en cuenta las ideas, creencias y realizaciones de toda colectividad”, esto es, que para tener un entendimiento pleno de las razones que llevan a la sociedad a desarrollarse de una manera u otra, es necesario analizar a fondo el saber popular tradicional, así como sus formas de exteriorización y transmisión.

Una de las principales formas de transmisión del saber popular es la tradición oral, que, en su paso de generación en generación, pone en circulación los mensajes que narran el vivir de un pueblo, y justifican los comportamientos de la comunidad, orientando acciones individuales y colectivas que guían procesos de transformación cultural.

Sin embargo, a pesar de su gran importancia y valor para el desarrollo de las sociedades, en el siglo XXI la cultura se ha convertido en un producto comercial como cualquier otro. Michéle Ballez en “Las tradiciones orales: ¿Paradigma de la comunicación local y global?” afirma que, hoy en día asistimos a una reducción de innumerables culturas a una sola y el empobrecimiento de esta cultura misma, toda vez que el productor más potente oferta e impone su propia idea de cultura. En este proceso de vender y consumir la cultura más rentable, las tradiciones orales se hacen extremadamente vulnerables y tienden a desaparecer debido a la competencia de los medios y la “evolución social”.

La Guajira es un territorio que por muchos años se mantuvo hermético a las influencias de los afanes capitalistas, lo que permitió el desarrollo de una cultura propia y distintiva con una tradición oral muy marcada; aun así, el voraz apetito de la “cultura global” se abre paso cada vez más rápido en el imaginario de las nuevas generaciones, que se encuentran más propensas a su influencia gracias al uso de los medios masivos de comunicación (internet, televisión y radio).

Es necesario preservar las tradiciones orales y el folclor narrativo de los pueblos porque constituyen formas extraordinarias de expresión y transmisión del conocimiento popular, porque en su paso generacional son claves en la construcción de sociedades con memoria, capaces de nutrir su cotidianidad con elementos del pasado, dándoles así una identidad que guíe su crecimiento.

De la misma manera, al ser la Guajira un territorio en el que confluyen tantas culturas, las tradiciones orales se vuelven útiles en la preservación de las lenguas y su diversidad; a través de las narraciones y cuentos orales, las comunidades se representan a sí mismas, su historia y su realidad.

Y es que “la eliminación de los elementos de identidad de los pueblos y culturas de todo el mundo, generará una gran pérdida de patrimonio, volviendo la sociedad un gran monocultivo de kilómetros y kilómetros de seres iguales, donde no exista más la diversidad, las diferencias y las raíces que nos han identificado siempre” (Montoya, 2010).

Es por esto que nos interesamos en resguardar y revivir la cultura y las tradiciones orales de la región, y lo hacemos a través de un libro de crónicas y ficciones que actúa como un claro representante de la cultura guajira, siendo un soporte adecuado para el almacenamiento de las historias que nutren a tradición oral de pueblos que atraviesa la transversal El Carmen-Puerto Bolívar, también conocida como ruta 88 en el departamento de La Guajira. Esta vía comienza en Buenavista, justo en el punto donde termina la troncal del carbón y pasa por los municipios de Distracción, Fonseca, Barrancas, Hatonuevo y Albania, comprendiendo un total de 56.3 kilómetros de carretera.

Cabe resaltar que hemos escogido esta ruta como protagonista de nuestros relatos por ser una de las últimas vías del departamento en construirse, lo que causó una llegada aún más tardía de la señal de televisión e internet al territorio.

Justificación de proyecto de grado  
Universidad de Cartagena  
2016

## Introducción

El 21 de septiembre de 2016 nos embarcamos en un viaje a ciegas. Lo único que teníamos seguro era la hora de salida del bus que nos llevaría hasta Riohacha, capital del departamento de La Guajira.

*Miércoles, 10:30 de la noche. Terminal de transportes de Cartagena.*

Iniciamos nuestra investigación de proyecto de grado, con el último fin de concluir 5 años de pregrado en comunicación social en la Universidad de Cartagena. Argumentábamos como objetivo principal de nuestra tesis el recopilar en un libro de crónicas y ficciones las historias que nutren el folclor narrativo y la tradición oral de los pueblos de la ruta 88 de La Guajira, esto como mecanismo de prevención de la perdida de dicho folclor; y, tras 8 meses de trabajo teórico, finalmente había llegado el momento de realizar trabajo de campo.

Es imposible negarlo, estábamos emocionadas, expectantes de los resultados que arrojaría nuestro viaje por la ruta 88 y, sobre todo, con ansias de comprobar si seríamos capaces de ejercer un periodismo investigativo que nos permitiera la creación del libro que tanto habíamos imaginado.

*Jueves, 6:00 de la mañana. Riohacha, La Guajira.*

Para cuando llegamos a Riohacha teníamos las piernas entumecidas, y el sueño era más capaz que nuestras voluntades. Apenas el bus se detuvo timbró mi teléfono celular, era mi tío- abuelo preguntando si ya habíamos arribado a la ciudad, nos esperaba a las afueras de la terminal de transportes.

Cuando nos encontramos con mi tío Álvaro, habíamos despertado un poco del letargo en el que nos sumimos las últimas 7 horas, pero seguíamos algo adormecidas. Bastó una breve presentación para vernos nuevamente montadas en un vehículo, esta vez, rumbo a casa de mi tío. Al llegar nos sentamos a intentar decidir cuál sería el siguiente movimiento, teníamos lo que quedaba del jueves y la siguiente mañana para encontrar historias en Riohacha, pues en Buenavista no nos esperaban sino hasta la noche del viernes; entonces, cuando aún nos encontrábamos indecisas, Álvaro anunció que nos llevaría a conocer a su grupo de nadadores de la tercera edad y a su líder, aparentemente, un hombre de muchas historias; pero esto sería muy temprano, justo a la salida del sol, pues debía visitar una ranchería para hacer un trabajo mecánico en la mañana del viernes.

Así sucedió entonces que, el viernes a las 5:45 de la mañana, nos encontrábamos en el muelle de Riohacha viendo a 6 hombres maduros y a una abuela lanzarse a un mar infestado de aguamalas, para iniciar su entrenamiento diario. “Nos encontramos en la casa de la cultura” dijo mi tío antes de zambullirse; y al ver a los 7 nadadores en su oficio, empezamos a caminar hacia el edificio de la casa de la cultura que habíamos conocido la tarde anterior.

Nuestros pasos surcaban la orilla de la playa mientras veíamos nacer el sol sobre las espaldas de los Guanebucanes que luchaban contra las olas para llegar al punto de encuentro. Uno a uno iban saliendo del agua con el pecho agitado y la piel enrojecida por las picadas de aguamala, pero todos con una sonrisa en el rostro. Cuando estuvieron todos sobre la arena, y tras presentarnos, nos dirigimos a una tertulia en casa de José Gabriel Rosado Padilla, mejor conocido como Polaco Rosado, fundador del grupo de nadadores “los Guanebucanes” y quien nos referiría la historia sobre su experiencia como marinero en un barco de contrabando que estuvo a punto de naufragar al interior del mar caribe (*Alta mar me perdonó*).

Acabado el encuentro con los nadadores, nos dirigimos junto al tío Álvaro a la rancharía Poromana, un pequeño asentamiento indígena que tenía dañado el motor de la bomba que les proveía agua potable. Allí, mientras Álvaro trabajaba en el arreglo de aquella máquina, nos encontramos con María Julia Ribeira y su sobrina. María Julia tenía 68 años de edad, era matrona de la comunidad y no hablaba español; pero su sobrina hacía las veces de traductora y, aunque la comunicación era difícil, María nos conto la historia de su encierro para convertirse en la protagonista de *Seis lunas rojas*.

Cuando el sol empezaba a virar hacia el occidente y habíamos concluido nuestra reunión, regresamos a Riohacha para recoger nuestro equipaje y salir rumbo a Buenavista.

#### *Viernes, 7:15 de la noche. Buenavista, La Guajira.*

El camino hacia Buenavista era oscuro; la carretera no estaba mal, pero tampoco podríamos llamarla una buena vía, y el follaje de los árboles impedía la llegada de la luz de la luna sobre la calzada. Hasta el momento habíamos acumulado un grado de cansancio que nos llevaba amodorradas en el viaje, incluso podría decir que estábamos sin ganas, y la brisa que se filtraba por la ventana nos hacía cerrar los ojos; pero, similar a un choque eléctrico, nuestro semblante cambiaría al ver a orillas de la carretera una señal de tránsito que indicaba que habíamos empezado a transitar la ruta 88.

Pasamos por Albania, Hatonuevo, Barrancas, Fonseca y Distracción antes de llegar Buenavista; y al arribar al pueblo, lo primero que vimos fueron los muros del Batallón Rondón, justo antes de encontrarnos con una plaza rodeada de casas que extendían unas cuantas calles a la redonda. A primera vista era un pueblo pequeño, pero al ver el recibimiento de los locales para con nosotras, nuestra percepción cambio, pues su corazón era tan grande y cálido que nos hacía ignorar lo estrecho de su territorio.

Estuvimos dos días y tres noches en Buenavista, y fueron muchas las personas, e historias, que encontramos. Juanita Molina nos contó cómo decidió llevar la imagen

de la virgen de María Auxiliadora para que fuese venerada en el pueblo que antes no tenía religión alguna (*Mamá María*), Leonardo Cera relato la increíble historia del día en que cayó granizo sobre las calles de Buenavista (*Primera nevada*), Lucho Córdoba nos sorprendió con sus múltiples encuentros con espantos y brujas (*Espantos y espantados*); y, a través de muchas bocas, nos fue referida la historia de Julia Pitre, alias "La Yuya", una mujer cuyo miedo a las tormentas la llevaba a comportamientos extraños en intentos de detener las lluvias y tempestades (*Las cenizas mágicas o relato de una pluviofóbica*).

Llegada la noche del domingo, nuestra estadía en el municipio estaba a punto de finalizar, dentro de apenas unas horas partiríamos al pueblo cercado de Fonseca para cumplir con la última etapa de nuestro viaje.

*Lunes, 7:00 de la mañana. Fonseca, La Guajira.*

Fonseca era un pueblo mucho más grande y desarrollado en comparación a Buenavista, y el paisaje que lo circundaba era de admirar. El municipio se encuentra en una depresión en el valle del río Ranchería, que atraviesa el municipio de oeste a este, entre la Sierra Nevada de Santa Marta y la Serranía del Perijá; un punto perfecto en el que se conjugan la sabana, las montañas y el río, con un cielo azul despejado.

Al llegar nos reunimos con Jacobo Senén Solano, fonsaquero y gran conocedor del folclor de su pueblo. Tras un desayuno que incluía conejo guisado y venado en su salsa, Jacobo nos condujo al hogar de José Hilario Gómez Toncel, un acordeonero reconocido en la región con quien charlamos un largo rato intentando obtener anécdotas de Fonseca, hasta caer en cuenta que la mejor historia que podíamos hallar era la suya, *El último juglar* en "tierra de cantores".

También nos encontramos con Manuel Escalante García, un señor de más de 80 años que vivió toda su vida en el pueblo, y que afirma haber develado un misterio que todavía para muchos sigue oculto (*kkkkk la manta kkkkk*), una leyenda que terminaría siendo una anécdota para hacer reír a sus 9 hijos. Por otro lado, entre voces y murmullos en las calles del pueblo escuchamos el mito que ha llevado a muchos a adentrarse en excavaciones a lo largo del territorio fonsaquero y sus alrededores; pero sería Víctor Mendoza, en el corregimiento de Conejo, quien finalmente nos daría una versión detallada de *Las mulas de Don Goyo*.

Así, pasados un par de días más, estábamos entonces a punto de finalizar nuestro trabajo de campo y, esto si lo digo hablando de manera personal, empezaba a hacer estragos la nostalgia de acabar aquella etapa. Y es que La Guajira siempre fue un sitio especial para mí, aunque no conocía muy bien el territorio, crecí escuchando las historias de mis abuelos, oriundos del departamento, que relataban travesuras, espantos, fiestas y costumbres de sus años de juventud en la región; y en su voz siempre se escuchaba la añoranza de una tierra que consideraban mágica, inspiradora y única. Después de este viaje, la Guajira se convirtió en algo aún más preciado pues, más que llevarnos una parte de su cultura y su historia, dejamos una parte de nosotras en aquel indescriptible universo caribe.



# Índice

Introducción ..... 1

## Primera parte

Seis lunas rojas	.....	17
Primera Nevada	.....	23
Mamá María	.....	27
Alta mar me perdonó	.....	33
Las cenizas mágicas o relato de una pluviofóbica	.....	39
El último juglar	.....	43
Las mulas de Don Goyo	.....	47
Espantos y espantados	.....	51

## Segunda parte

Anecdotario	.....	55
Agradecimientos	.....	59



# Seis lunas rojas

Por: Camila Luque Rozo

Poromana es una rancharía pequeña, no se compara con los resguardos indígenas del norte de La Guajira, pero son autónomos y aún conservan algunas tradiciones Wayuu ancestrales. Para cuando llegamos a la cerca que los separa de la carretera, el reloj marcaba las 11:00 de la mañana y, aunque alcanzábamos a ver al menos 5 o 6 casas, parecía ser un terreno abandonado.

Pasamos la barrera de palos y alambre de púas a la expectativa de lo que encontraríamos, cuando de pronto, un chivo pasa a toda marcha y balando a nuestro lado dándonos una bienvenida de susto. Todas nos sobresaltamos, entonces, escuchamos su risa y volteamos para verla recostada en un chinchorro haciendo señas con las manos para que nos acercáramos.

Aunque tiene nombre español, María Julia Ribeira es una indígena Wayuu que a sus 62 años afirma haber llegado a Poromana junto a su familia cuando allí no había más que tierra caliente.

Al acercarnos, María Julia nos indicó que nos sentáramos en las sillas que tenía dispuestas en semicírculo frente a su chinchorro; sobraba un asiento. Parecía habernos estado esperando. Nos presentamos y de manera inmediata consultamos la posibilidad de hacerle una “pequeña” entrevista. Ante su gesto afirmativo, iniciamos con un cuestionario básico que habíamos preparado, pero después de casi 30 minutos de entrevista simple, empezábamos a bostezar. No encontrábamos nada que nos interesase, así que pronto nos quedamos sin interrogantes y con un montón de grabaciones que pensábamos eran inútiles. Entonces, fue nuestra anfitriona quien hizo la siguiente pregunta.

-¿Que hacen ustedes las arijunas<sup>1</sup> cuando les viene la menstruación por primera vez?

No supimos que decir, nos mirábamos unas a otras pensando que la respuesta era obvia, no veíamos razón a tal interrogativa.

-Lo normal –dijo quien estaba a mi lado-, usamos toallas sanitarias.

<sup>1</sup> “Arijuna” es el calificativo que utilizan los Wayuu para designar a aquellas personas extrañas que no se rigen por las normas wayuu, es decir, al resto de la población no indígena.

Correspondimos entre risas, pero María Julia parecía estar muy seria ante su cuestionamiento. Preguntó de nuevo.

-¿No se tapan del sol?, ¿no dejan la carne de vaca?... ¿no se cuidan?

Negamos con la cabeza recobrando la sensatez que se le imprimía al caso y le pregunte a nuestra interlocutora que hacían las mujeres wayuu cuando tenían el periodo.

-Hacemos "El encierro"- respondió.

-¿A usted la encerraron?

- Claro, todas lo hacemos.

Miré a las demás y ellas me miraron, esta vez la expresión de nuestros rostros era como la de quien había encontrado una mina de oro, o de palabras. Sabíamos que allí había una historia, y María Julia parecía recordar claramente los detalles de su experiencia.

\*\*\*\*

El primer día, a mí y a los demás nos habían llevado con los mayores a la plantación para aprender de la cosecha. Esperaba que fuese un día como cualquier otro, no pensaba que esa mañana cambiaría mi vida y mi papel en la casta Epinayú.

El maíz se veía brillante bajo el sol, como el oro y, aunque el resplandor me hacía entrecerrar los ojos, alcanzaba a ver a lo lejos el río invisible que corría sobre el cultivo. Mi trabajo era simple, recogía las mazorcas que taata cortaba y las llevaba en un cesto hasta donde se cargaban los burros; pero el sol ardía en mis brazos y la manta se pegaba a mi espalda por el sudor cuando sentí como si una culebra me mordiera la barriga, haciéndome doblar el cuerpo y soltar la cesta que cargaba.

-¡Jalia! Tepichi- le escuché gritar a mi taata que trabajaba unos metros atrás.

Enseguida recogí las mazorcas que se me habían caído de la cesta y seguí mi camino, pero se me hacía difícil caminar, había algo pegajoso entre mis pernas que me entorpecía el paso. No sabía lo que era.

Acabada la cosecha, la tía nos llevó a mi prima y a mí a una acequia cercana para limpiarnos antes de regresar a la piichipala. Yajaira se adelantó en el camino y para cuando llegué ya ella estaba metida en el agua. Levanté la manta sobre mi cabeza y la tire a un lado, pero cuando soltaba el sirapü para quitarme la aicha, la cara de mi prima, que me llamaba contenta, cambio por completo y con susto me gritó "¡te rompieron!". Enseguida mire el lugar que veía mi prima y vi como un hilo rojo bajaba por mi muslo derecho. Sentí miedo, no sabía lo que significaba, pero mi tía que llegaba detrás de mí lo sabía perfectamente.

Nos dijeron que nos vistiéramos rápido y de la mano corrimos de vuelta al rancho, al llegar, mi tía entro a la casa delante de mí y me pidió que esperara afuera; entonces vi salir a ma'ma con lágrimas en los ojos. Pensé que estaba en problemas, pero al sentir sus brazos rodeándome mientras lloraba, quede aún más confundida que antes.

-¿Qué pasa, ma'ma?- pregunté

- Te estas volviendo una majayülü – dijo ma'ma sin dejar de sollozar -, te ha tocado la flecha.

No entendía completamente lo que decía, pero en ese momento recordé que, cuando era más pequeña, la abuela Tu'uma, antes de viajar al Jepirra, solía contarme el mito de Wolunka, la mujer de la vagina dentada.

Cuenta la historia que mucho tiempo atrás las lluvias eran muy seguidas y los terrenos eran prósperos, hasta que un suceso transformó aquella tierra. Juyá, como todo gran dios del universo, era un dios de muchas mujeres, entre ellas estaban Siichi y Pulowi. La joven mortal Siichi, con apenas un toque de Juyá, quedó embarazada y dio a luz a dos muchachos, Mayui y Ulapule, los mellizos transformadores; mientras que Pulowi, en su relación con el dios, engendró a Wolunka, una hermosa sirena de las lagunas que tenía ente sus piernas una boca dentada igual a la de su rostro.

Wolunka disfrutaba desnudarse y coquetear con los hombres atrayéndolos al agua con el tronar de los dientes en su vagina. Los mellizos, con el fin de vencer a Wolunka en su juego, esperaban a la sirena escondidos entre los matorrales, pero al verla, se enamoraron profundamente de ella, cayendo presos ante sus encantos. La vagina dentada de Wolunka era un manjar que despertaba el apetito de los mellizos, el problema era no ser devorados por aquella boca inferior.

Finalmente, Mayui y Ulpule idearon un plan, mientras que uno distraería a la sirena con juegos en la laguna, el otro dispararía su flecha y rompería aquellos dientes mortales. Y así sucedió que mientras Wolunka se lanzaba al agua para atrapar a Ulapule, Mayui flechaba su boca inferior destrozando sus dientes y dejándola tendida sobre las aguas. Los mellizos la socorrieron recostándola sobre las piedras en las que dejaría plasmada su sangre, tras ello, se acostaron con ella y de su unión nació una nueva generación de humanos, los Wayuu, y la tierra cambiaría su orden para siempre. Así tuvo la mujer su primera menstruación.

Entonces, supe lo que me sucedía. Abracé a mi madre con fuerza mientras mis ojos se inundaban igual que los de ella. Cuando me soltó yo seguía llorando, tenía miedo; enseguida, ma'ma me cubrió desde la cabeza con una manta que había sostenido todo el tiempo sin que yo lo notase y, tomándome del brazo, empezamos a caminar.

Cuando deje de llorar me di cuenta que estaba andando sin saber la dirección desde hace un tiempo, pero ya no me halaban del brazo, caminaba por cuenta propia, aunque solo era capaz de ver mis pies y las gotas de sangre que caían al suelo. Empezaba a oscurecer.

Nos detuvimos, el sol había caído por completo y unas manos levantaban el manto que me tapaba para dejarme ver el rostro de ma'ma que estaba frente a mí.

-¿Kasa alataa, ma'ma? – pregunté temerosa.

No hubo respuesta, por el contrario, sonriendo se apartó y pude ver el lugar en el que estábamos. Era una choza pequeña con un chinchorro guindado muy alto en el centro.

-Alijkajawaa pia – dijo ma'ma.

Me acerqué con duda y al llegar intenté subirme en aquel chinchorro, pero me era imposible; entonces ma'ma me tomó de la cintura y me ayudó a subir.

-María, ahora eres majayülü – empezó a decir -, has tenido tu primera menstruación y ahora aprenderás a ser una verdadera mujer Wayuu.

Ya no sentía miedo, mas estaba llena de curiosidad por lo que serían los próximos días.

-Lo primero es que debes quedarte montada por tres soles – continuó diciendo – y mantenerte en el chinchorro quieta como si estuvieses muerta, esto es para que no te ensucies de malos espíritus.

-Y vamos a sacarte el espíritu infantil – irrumpió mi tía que acababa de entrar sosteniendo una tinaja.

Ma'ma me indicó con las manos que me recostara con las piernas estiradas y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo. Así lo hice, y apenas unos segundos después las dos estaban de pie a mi lado, una sosteniéndome la cabeza y otra dándome de beber un agua que llamaron Jawaapia.

-Esto enriquecerá tu sangre y te dará un vientre fuerte para tus hijos – dijo ma'ma.

-También te quitará el espíritu infantil – recalco la tía – y te dejará madurar como majayülü.

Era amarga, pero me la tomaba sin protestar. Después de acabar dos tazas ambas salieron del lugar cerrando la puerta tras de sí.

-Duerme – dijo mi madre antes de irse - y no se te ocurra bajarte.

Pronto quedé completamente sola en esa oscuridad. No podía ver más allá de mi nariz, pero, poco a poco, mis ojos fueron acostumbrándose y logré notar que la luz de la luna se filtraba por una ventanita en la parte de arriba de la pared que estaba a mi derecha, permitiéndome ver lo que estaba a mí alrededor, pero no había nada. Entonces, empecé a sentir que me movía, el chinchorro se movía, y las paredes también. Todo se movía, pero todo estaba quieto. Vomité, y el líquido cayó al piso manchándolo de un color que no alcanzaba a ver, y me dormí. O eso creo, porque no recuerdo más hasta que abrí los ojos y vi entrar a ma'ma a plena luz del día con una olla de mazamorra en las manos.

Así pasaron 3 días, no comía carne, solo frijoles y mazamorra de maíz para una buena piel. No me bajaba del chinchorro, no hacía nada más que tomar jawaapia y vomitar. Vomitaba todo, sacaba toda mi niñez y sangraba.

Al final del tercer sol esperaba de nuevo la partida de ma'ma, pero ma'ma no se fue, por el contrario, llegó una persona más. Era Kaurulee, la mujer que vivía en la casa más grande del rancho. Ella traía entre sus manos una canastilla cubierta con una pequeña manta y tenía en su rostro las líneas süchepa<sup>2</sup> del annero'utayawa<sup>3</sup>.

No sabía por qué estaba ella allí ni porque actuaba con tanta ceremoniosidad, pero decidí no hacer preguntas. Entonces ma'ma salió de la choza y estuve sola con Kaurulee, que se había sentado en una esquina del lugar y se disponía a levantar el velo que cubría la canasta para mostrar lo que estaba adentro. Me sobresalté al ver

<sup>2</sup> Süchepa es el maquillaje tradicional wayuu que se utiliza en rituales y ocasiones especiales y su diseño tiene un significado específico que habla de las virtudes de la mujer que lo porta.

<sup>3</sup> El diseño süchepa del annero'utayawa (traducido al español como cacho del ovejo) ilustra la fortaleza con que cuida la mujer wayuu a su familia.

que tomaba de ella y empezaba a rozarlo contra una piedra para sacarle el filo. Empezaba a caer el sol y ella solo se reía de mi expresión nerviosa.

-¿Para qué es eso? – pregunté.

-Jimataa – dijo entre risas – , te vamos a poner bonita. Veo que la jawaapia te hizo efecto – señaló refiriéndose a las manchas del piso - , muy bien.

No dije más, pero no dejaba de mirarla, estaba alerta.

Tiempo después Kaurulee se detuvo y volvió mi ma'ma con ropas nuevas, allí recordé que llevaba al menos tres soles sin bañarme o cambiarme, pero ya había anochecido por completo hacía unas horas y pensé que serían para el próximo día. Estaba equivocada. Ambas mujeres me levantaron para llevarme afuera de la choza y bajo la luz de la luna me lavaron y limpiaron cada parte de mi cuerpo con mucho cuidado. Al finalizar, volvimos adentro, yo temblaba por el frío, pero mi madre decía que eso me daría un cuerpo hermoso y fuerte. Entonces Kaurulee tomó el cuchillo antes afilado y se dispuso a cortar mi cabello mientras ma'ma seguía hablándome.

-Kaurulee corta tu cabello para darte suerte, la misma que ella ha tenido en su matrimonio y en los hijos que ha parido –decía-. De ahora en adelante deber cuidar tu comportamiento, una buena señorita wayuu es respetuosa y recatada, y tu cabello es símbolo de eso –continuaba-, por eso se corta dejando atrás ese lado infantil y rebelde.

Acabado el ritual me vistieron y, como ya empezaba a salir el sol, pude ver la manta que me colocaban. Luego me cubrieron desde la cabeza con un trapo grande, de nuevo, pero ahora entendía el motivo. Empezamos a caminar.

Cuando volví a ver lo que me rodeaba me di cuenta que estaba en un lugar conocido, era mi casa, pero estaba cubierta de cortinas para que ningún hombre pudiese verme a través de las ventanas. En una esquina había un saco grande lleno de un algodón que, durante los siguientes seis meses, aprendería a limpiar, hilar y teñir; al mismo tiempo que limpiaba mis pensamientos, hilaba mis sentimientos y teñía de madurez mi vida. El resultado sería una madeja de hilo con el que tejería el chinchorro que en el futuro sostendría a mis hijas en su encierro cuando tuviesen su primera menstruación.

\*\*\*\*

- Este es el chinchorro que tejí en aquellas seis lunas – decía María Julia mientras señalaba la hamaca en la que estaba recostada - , y es el mismo que usaron mis cuatro hijas, ahora ellas han tejido los que sostendrán a mis nietas.



# Primera nevada

Por: Laura Rincón Ballesteros

Venga y yo le cuento una historia, de esas que nadie cree. Pero le juro por Dios que es cierto, este lugar es mágico; yo lo he vivido en carne propia. La Guajira no es solo tierra de desierto como muchos pensarán, esos del interior. Pero tú me tenéis que tener confianza.

Hubo un día en que a nuestro pueblito Buenavista lo atacó una horrible tormenta. La tempestad no hacía más que recorrer las calles con una fuerte y fría brisa, avisando que pronto algo increíble iba a arropar cada rincón de nuestros terrenos.

Yo era uno pelao' en ese entonces, podía tener unos 26 o 27 años, no recuerdo muy bien mi edad, pero ese momento jamás lo olvidaremos los habitantes de mi pueblito. ¿Ya te había dicho que nadie nos cree? Es que eso fue un regalo de Dios, solo para nosotros. Y como en aquella época aquí todavía no existían esos teléfonos con cámara que tiene todo el mundo, los únicos que podemos dar fe de ese día somos los que estamos aquí.

Aquella mañana me levanté como de costumbre a las 4:00am, tomé mi cafecito preparándome para lo que me esperaba ese día. Tenía que ir al cultivo de arroz a velar porque todo estuviera bien, y luego me esperaba una reunión con mi familia, nos comeríamos un chivo guisado, de esos que hacía mi mamá y disfrutaba todo el pueblo con unas cervecitas.

En Buenavista siempre hemos sido muy unidos, pues ya que casi todos somos familiares de sangre. ¿Cómo te podría explicar yo? La vecina del frente tal vez no sea nada mío, pero el papá de ella fue primo de mi abuelo. ¿Si me entendéis? Es por eso que aquí decimos que un lazo muy fuerte nos une, y esas experiencias como las de ese día, que solo nosotros pudimos vivirlas, son las que no nos deja salir de este lugar, mi alma y corazón siempre pertenecerá a mi Buenavista mágica.

Pero esa no era la historia ve, yo te estaba contando otra cosa ¿no era? ¡Ah, sí! Te decía que ese día, luego del almuerzo me puse a construir la parte de atrás de los cuartos, ya quería terminarlos rápido y poder ver la casita más bonita, así como tanto la estábamos anhelando.

Comenzamos a sentir un sonido en el techo, como cuando las brujas se te montan encima de la casa y te tiran piedrecitas, pero no. ¡Gracias a Dios no era eso! Las brujas no salen tan temprano. Me asomé por la ventana y todo lo que pude ver fue como unas bolitas blancas caían del cielo. - ¡Está granizando, ve!- Grité sorprendido.

Yo no sé porque eso me dio tanta emoción, pero salí corriendo a la terraza pa' poder ver más de cerca ese fenómeno. Buenavista es un pueblito tan caluroso que un poquito de hielo no nos iba a hacer daño.

Sin embargo, con las mismas que salí, me devolví. Antes ya había granizado, pero no como ese día. Eso parecía unos bloques de hielo. ¡Tú me tenéis que creer, ve! Si una cosa de esas nos alcanzaba la cabeza, nos la podía partir. ¡De verdad!

Aun así, tú sabes que la curiosidad mató al gato, por lo que nos asomamos con mucho cuidado pa' poder ver qué era lo que pasaba.

Todos nos asustamos, la tempestad aumentó tanto su fuerza haciendo que nos encerráramos en nuestras casas y como medio pudimos, remendamos las puertas y ventanas para que el hielo y la brisa no nos tumbaran las cositas.

¡Oiga, eso fue una noche de terror! Nos preocupaba que esa tormenta hiciera demasiados estragos en nuestro pueblito. Estábamos medio puestecitos ahí como para que viniera este fenómeno y nos desacomodara todo. ¿Pero que podíamos hacer, sino esperar? Esperar a que la tormenta pasara y orar para que los daños no fueran tan exagerados.

-Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga nosotros tu reino, hágase señor tu voluntad tanto en la tierra como en el cielo...- Le escuchaba decir a mi mamá en un rincón, seguramente muerta del nervio, esperando que todo acabara pronto.

Pasaron un par de horas cuando por fin nos sentimos seguros de abrir nuestros hogares, con miedo de encontrarnos grandes desastres en las calles. Para nuestra sorpresa, todo lo que vimos fue como el granizado se había convertido en nieve. ¡Ombe, yo te estoy diciendo la verdad! Así como se ve en las películas de los gringos; la nieve blanquita y delgadita. ¡Eso era una maravilla, ve!

Tanto fue el hielo que cayó, que casi todos los palos se quedaron sin ninguna hojita. Después de ser tan verdes y brillantes, no quedaba ni rastro de su vigor.

Esa noche decidimos irnos a dormir con tranquilidad. Siguió granizando, pero esta vez con más suavidad. Recuerdo que el frío se arrimaba en cada hueco de Buenavista. En ese momento hicimos honor al dicho que dice "después de la tormenta, viene la calma"... bueno, tal cual nos pasó a nosotros.

La sorpresa más grande la tuvimos cuando nos levantamos al día siguiente y descubrimos como habían quedado nuestras calles. ¿Tú me creéis si te digo que el piso quedó tan blanco como el pico de la Sierra Nevada de Santa Marta? La naturaleza es muy bonita, ve. Ese día Buenavista fue testigo de un regalo de Dios.

Yo salí a la calle, y te juro por mi mamá que el pie se me hundía en la nieve. Eran 10 centímetros de capas, aproximadamente. De ahí para adelante, fue un día muy her-

moso. Todos en el pueblito salimos a jugar con la nieve. Hacíamos bolas y muñecos de esos que vemos por la televisión.

Fue un detalle muy lindo para nosotros que muy pocas probabilidades tenemos de salir de aquí, conocer la nieve... ¡fue como estar hechizados de tanta belleza!

Por eso yo digo que Buenavista es mágica. Mirá ve, aquí crece la flor más bonita del mundo y eso casi nadie lo sabe.

En el lote del vecino estaban recogiendo arroz, pero de eso no quedó ni un solo grano. Ese hombre perdió gran cantidad de plata, aun así en esos momentos la nieve era la protagonista de nuestra tierra.

Aunque han pasado varios años, ese día quedará marcado hasta que soltemos el último aliento. Es que ese tipo de cosas no se olvidan con facilidad, ve. ¿Acaso tu la harías? Te aseguro que no. Por eso te digo yo que aquí una vez nevó y eso nadie lo cree.



# Mamá María

Por: Carolina Ortiz

No hay un tema que me suelte más la lengua, que la de contar cómo fue la llegada de la Virgen María Auxiliadora al pueblo de Buenavista, pues yo fui la que la traje hace más de 50 años, a este pueblo que me adoptó, donde cariñosamente me conocen como la señora Juanita.

Cuando yo cumplía mis 8 años, mi madre decidió venirse del municipio donde soy oriunda, Cañaverales un corregimiento al sur de la Guajira y que queda a tan solo 20 minutos del municipio de San Juan del Cesar, buscando reubicarse en el pueblo de Buenavista dejando todo por culpa de la violencia.

Me adapté rápido al cambio de pueblo, le cogí un cariño especial a Buenavista, porque las personas eran muy solidarias, muchas veces nos daban para comer. Recuerdo que lo primero que buscamos en el pueblo fue una iglesia, pero nos encontramos con la sorpresa de que no contaba con una. Todos los domingos nos tocaba caminar kilómetros hacia municipios cercanos como Distracción o Fonseca, pero muchas veces al llegar a las iglesias no dejaban entrar a las personas por cuestiones de raza o de color, la verdad no tengo muchas memorias de esa problemática.

Con el tiempo la gente de Buenavista decidió edificar su propia iglesia, pero para lograr esto se necesitaba recursos, fue cuando nació la idea de realizar reinados, bailes, bazares para recoger los fondos, se utilizó el quiosco de parque central y para amenizar los eventos se utilizaba un tocadiscos antiguo que se le daba cuerda para que giraran el *Long play*,

Los años pasaron y cuando estaba de 18 años decidí viajar hacia Bogotá a estudiar lo que me apasionaba en el momento que era la enfermería, quería realizar una labor social en Buenavista para alentar, cuidar y proteger a todos en el pueblo.

Con esa ilusión estudié durante 4 años enfermería en la Clínica San Juan de Dios, allí conocí a la hermana Mercedes, ella fue la que me enseñó todo lo que hoy día conozco sobre religión.

Aprendí a rezar el rosario sin necesidad de un escapulario, porque según Mercedes con solamente utilizar y contar los diez nudillos de las dos manos se completaba

un misterio de los cuatro que tiene un rosario entre los que están los misterios gozosos, dolorosos, luminosos y gloriosos.

La hermana Mercedes me cogió mucho cariño y me terminó apodando “Torroncito guajiro”, yo en ese tiempo era una pelá corronchita absorbida por el avance de una ciudad tan grande como lo es la capital colombiana, no solamente me agobiaba por la urbe, sino también su frío intenso, sentía miedo de todo y a cada rato lloraba porque extrañaba a mi Guajira adorada, los sábados la nostalgia me daba más fuerte, pues me encontraba sola en la pensión comiendo tamal, pero pensando y añorando comer del conejo asado que seguramente estaba haciendo un fin de semana mi madre en la casa.

Cada vez que la monja Mercedes me encontraba sollozando, me decía que me aferrara a la Virgen María Auxiliadora.

- Torrocito guajiro, sea fuerte y pídale con fe que pronto estará en su casa con su título de enfermera en Buenavista.

Poco a poco iba rezándole más y más a la virgen, aunque mi devoción no estaba muy fuerte, comparada con la actual porque cuando salí embarazada de mi hija, le coloqué el nombre de Alexandra por la protagonista de una novela que me estaba viendo y me parecía la muchacha muy de buenas en la vida, pero si en esa época tuviera la fuerte devoción que le tengo hoy día a la virgen, sin duda alguna el nombre que tuviera mi hija sería María Auxiliadora.

En mi estadía en Bogotá, las monjas de la Clínica San Juan de Dios nos dieron la oportunidad de visitar Popayán en la semana santa, allí fui testigo de la más grande devoción y la más grande procesión que han visto mis ojos, las personas en las procesiones daban dos pasos y retrocedían uno sin importarles el gran peso que tenían en sus hombros, al cargar las estatuas de los santos que creían.

Fue algo mágico, es que si las personas de cada rincón de Colombia pudieran ir a Popayán a ver semejante espectáculo así no sean creyentes católicos, con solo verlos da una emoción en el corazón.

Después de ese viaje, me rondaba la idea de traer la fe de la Virgen María Auxiliadora al pueblo de Buenavista, pues no tenía que ser egoísta con lo que había visto y vivido, mi corazón me decía que tenía que corresponderle al pueblo por su cariño con la transmisión de los testimonios de fe que había escuchado.

Al poco tiempo recibí una llamada de la familia Charlela, querían entregarme y regalarle al pueblo la estatua de María Auxiliadora, con gran alegría anuncie con bombos y platillos que llegaría de la patrona. La gente de Buenavista se preparó, se elaboraron arcos en las esquinas repletos de flores, la gente saco su mejor atuendo para ese día, aunque todos procuramos usar alguna prenda de color blanco, y las que ya conocíamos como era una procesión por experiencias anteriores nos colocáramos una mantilla en la cabeza como símbolo de respeto hacia la virgen.

Como nunca vi como llegaban carros de diferentes lugares como Barranquilla, Valledupar, Riohacha y San Juan, todo el mundo estaba emocionado porque era la primera vez que llegaba un virgen a este pueblo, las demás vírgenes como la

del Carmen llegó hace poco, el Sagrado Corazón de Jesús también, hasta el santo moreno llamado San Isidro tampoco se mencionaba por estas tierras. Buenavista se volvió famosa después de ese 24 de mayo todos los años para la misma fecha festejamos el día de la patrona.

La primera procesión que realicé en Buenavista fue el año 1966, yo estaba como ida por ver tanta gente agolpada por una idea mía, estaba como idiota, no sabía cómo exteriorizar la alegría al ver tanta gente, solo sentía una emoción espiritual.

Eso fue hace exactamente 50 años, la iglesia estaba repleta no cabía ni un alma más y se necesitaron muchos más hombres para entrar a la virgen a la capilla, cada rato mi corazón se aceleraba al ver as muestras de cariño hacia la nueva patrona del pueblo. Los asistentes le cantaban como si supieran que ella era la indicada para resolver los milagros, cada persona se le veía en el rostro una ilusión por la nueva patrona, tenían una fe ciega en ella, no solo le tiraban flores, sino que los más osados pasaban entre la multitud solo para colocarte un mensaje, donde reposaban suplicas para sus vidas.

Ese mismo día la iglesia le colocamos el nombre a la iglesia que hoy mantiene “María Auxiliadora madre de los cristianos”, todos en el pueblo desde ese instante fueron devotos a mi virgen, con el tiempo la gente se bautizaba bajo el régimen católico, realizaban su primera comunión y luego se casaban por la misma iglesia, pero con el paso del tiempo aparecieron los desertores de está fe como mi mejor amiga llamada Alfonsina que de la noche a la mañana se volvió evangélica.

Recuerdo que faltando tres días para la celebración de la virgen, Alfonsina se me acercó advirtiéndome que no le siguiera llevando más flores a esa “vieja” porque se acabaría nuestra amistad y me aseguraba que si seguía adorando a una estatua viviría del día a día, y que por esa razón nunca yo había prosperado en los negocios, la verdad en ese momento dejé que terminara de hablar para decirle algo que dejo para siempre finalizada nuestra amistad, le dije que si mi mama que estaba muerta resucitaba y si ella misma me dice que deje a mi virgen, a ella misma le diría que la quiero mucho, pero que no soy capaz de dejar a mi patroncita. Alfonsina no dijo más nada, todo estaba dicho.

En el pueblo de Cañaverales, donde nací, también están resentidos porque he preferido estar en Buenavista, pero es que ellos no entienden que allá tiene un santo diferente al que yo profeso voluntariamente, pues en este pueblito se encuentra mi patrona y a la vez mi amiguita del alma.

Nunca olvidaré como un niño me llamaba gritos en la calle diciendo:

- ¡Señora, señora!
- Me voltee y le pregunte:
- ¿Aja que tanto grito, me gane la lotería?

Pero solamente el niño se me acercó y me dijo:

- Yo solamente quería volver a ver a la señora que le lleva las flores más bonitas a mi patrona.

Pero hace muy poco tiempo me paso un milagro, un día me monte un bus para ir a Fonseca a dar un pésame, pero en el trayecto el bus se varó y tuvimos que esperar horas y horas hasta que el conductor arreglara la situación, tanto fue el tiempo que paso que el hambre me comenzó a atacar, yo de por sí que soy hambrienta pero no podía aguantar una hora más sin un bocado de comida.

- ¡Ay María Auxiliadora, madre mía, todos mis problemas te los dejó en tus benditas manos, pero tengo mucha, pero mucha hambre!

La suplica la exterioricé sin mirar a nadie, al poco tiempo se estar sentada esperando a que arrancara el bus, un muchacho simpático que usaba una camisa blanca se me acercó con dos manzanas una verde y una roja, yo le pregunté:

- ¿Para mí, por qué?

- El respondió diciendo:

- Usted acaba de invocar a mi virgen y ella me dijo que le entregara a usted una manzana.

Yo escogí la roja pues es mi color favorito y pensé que esto era un milagro, como el mismo que paso hace unos días en Buenavista con el señor apodado el Chencho que se encontraba para morir pero que al poco tiempo se recuperó, para mí que la virgen María Auxiliadora le echó algo. Yo todas las noches rezo por las personas de Buenavista para que nos les pase nada, diariamente tengo que rezar tres rosarios, o por lo menos dos todas las mañanas.

Si paso trabajo, si paso hambre es porque mi virgencita quiere que pase, pero si no estuviera aferrada a ella quien sabe dónde estaría, porque no tengo plata, por eso me apego tanto a mi virgencita, mi amiga del alma, mi patrona por siempre y para siempre.





Prohibido  
LANZARSE  
AL MAR

PROHIBIDO EL INGRESO  
DE ARMAS, CARRASAS  
Y CELULARES

# Alta Mar me perdonó

Por: Laura Rincón Ballesteros

-Yo tengo un cuento con el que quizás me ría ahora, pero cuando me sucedió vi la muerte. – Fueron las primeras palabras que nos regaló el Riohachero de 71 años José Gabriel Rosado Padilla, mejor conocido como “Polaco Rosado”, alias con el que fue bautizado desde el instante en que nació.

Al ser huérfano de madre a los 14 meses, con poca atención de su padre y 4 hermanos con quienes sobrevivir, actualmente agradece con mucho cariño a su tía quien los crió y les dio de comer sacándolos adelante por medio de una improvisada tienda ubicada en la cacería “El pájaro”, lugar donde escasamente vendía una bolsa de azúcar o media botella de manteca.

Conmovido por los recuerdos de su infancia, Polaco evoca los momentos que aunque la gran mayoría fueron muy duros para un niño de tan solo 10 años, está satisfecho de haber vivido en un rancho hecho de paredes de barro y techos de bahareque para lograr ser el hombre que es hoy en día.

La única diferencia entre la vida indígena de hace 60 años con la actualidad, es que no existía discriminación; el respeto lideraba los hogares, los pescadores luego de regresar de su humilde jornada laboral, regalaban entre los habitantes lo que habían cazado para que todos pudieran tener una buena cena, e ingerían la leche que traían en una bolsa sucia sin importar las bacterias que podían contener.

–Nosotros tomábamos agua de barro con gusarapo. El Zika, esa enfermedad que inquietó a Colombia, la veíamos con tanta facilidad que ya era una costumbre.- Comenta José Gabriel mientras mueve sus arrugadas manos alcanzadas por los años, pero tan firmes como una roca.

Polaco Rosado quien se definía como “el niño de hacer el mandado”, habló el idioma Guajiro conocido como wayuunaiki hasta la edad de 8 años, y en 1953 emprendió su viaje a Riohacha, siendo desde esa época su único y más preciado hogar hasta la actualidad.

Poco a poco, fue adaptándose al nuevo ambiente hasta crecer y tener la necesidad de comenzar a recibir ingresos lo más pronto posible. En 1970 y a la edad de 25 años, encontró refugio en su tío, dueño de un famoso barco pirata nombrado “El

Ángelo”, brindándole la oportunidad de convertirse en marino y trabajar con él en la práctica del contrabando.

De esta manera, inició su labor cuidando la carga que transportaban, es decir, cigarrillos, alcohol, armas, oro, entre otros implementos de valor, por lo tanto, su tarea era de gran importancia, de él dependía que todo llegara a su destino completo y sin ningún problema.

En vísperas de su cumpleaños se encontraba a punto de realizar un viaje desde la Alta Guajira hasta Aruba, sitio donde dejó muchas anécdotas y amigos, algunos de los que el nombre ya no recuerda, pero sabiendo que ellos hicieron agradable su estadía dándole ganas de volver en alguna ocasión. Es así cuando llegó el 13 de Agosto, día en el que celebró su nacimiento comiendo pan con agua sucia en compañía de un grupo de hombres que poco conocía.

De vuelta a la Guajira, aproximadamente un 18 de Agosto, Polaco Rosado yacía en su dormitorio leyendo una revista mientras esperaba que el sol proyectara los primeros rayos de luz para dar inicio a su labor.

El capitán, llamado Elías Durán Iguarán, un hombre de contextura gruesa, ojos azules, cabello rubio y baja estatura, caracterizado por su fuerte personalidad, pero de gran corazón, virtud que provoca todavía en Polaco una gran admiración, se encontraba descansando del ajetreo que habían tenido el día anterior.

Aquel joven trabajador que parecía distraído en las letras, no esperaba que en ese segundo su viaje diera un giro totalmente diferente y comenzara lo que fue, tal vez, la angustia más grande que había vivido.

-¡Capitán, el barco está a medio de agua!- Un grito de desesperación fue motivo para que Elías Durán despertara abrumado por la tensión del motorista, quien mostraba en su rostro un temor profundo sabiendo que la situación era difícil y que no parecía tener solución.

De inmediato, todo lo que se podía escuchar eran los corpulentos pasos de los tripulantes andando de un lado para otro en el barco, buscando como sobrevivir ante la complicación que transcurría. En pocos minutos, el miedo se vio revuelto entre la brisa mañanera y las impetuosas olas que golpeaban la nave hundiéndola durante cada minuto que pasaba.

El capitán corrió con rapidez hacia la proa e intentó liderar la situación para controlar la terrible circunstancia en la que se encontraban atrapados. Todo parecía acontecer como si de una cámara rápida se tratase, mientras que los presentes intentaban bajar el nivel del agua utilizando unos baldes devolviéndola a su madre La Mar.

Polaco, inocente de aquel trance, se vio interrumpido por la algarabía, y al salir a ver cuál era el espanto de todos, su piel se erizó completamente y un temblor comenzó a apoderarse de su cuerpo. A lo lejos divisó al capitán Elías que se acercaba con apuro hacia él intentando hacerle señas de que el mar le estaba arrebatando el poder y debía encontrar la manera de manejar la situación.

-¡Oiga, Rosado, el barco se está hundiendo!

- ¡Yo sé, Capitán!

- Tú no debiste haber nacido.

Extrañado de aquella frase, intentó darle coherencia para luego comprender que Elías Durán estaba molesto porque Rosado no era de gran ayuda, aún así temía por el bienestar del joven y de todos los acompañantes del barco. Pero el capitán no perdía las esperanzas y sin descuidar la cordura, insistió en que no debían dejar de intentar reparar los dos motores que habían perdido la potencia a causa del agua que entraba cada vez más.

-¡Dele a la costa, dele pa' el puerto! No dejen que se apague el motor.- Gritaba constantemente Durán como apoyo a su tripulación para que continuaran buscando la forma de que el barco y todos ellos lograran obtener seguridad.

Sin embargo, los obstáculos seguían siendo los protagonistas de aquella compleja realidad que agobiaba a la dotación.

De pronto, en todo lo que Rosado pensaba era en los dientes de los tiburones. Los nervios le estaban jugando una mala pasada, así que todo lo que se atravesaba por su mente eran imágenes de las bestias con las que probablemente se toparía si llegaban al límite del barco.

Todo parecía indicar que aquel era el destino que los esperaba, los presentes aunque seguían dando todas sus fuerzas para no dejar que el primer motor se apagara e intentar encender el segundo, el tiempo corría fugaz y poco a poco se les estaba acabando.

-Ahí fue cuando yo vi la muerte.- Dice Polaco mostrando con timidez sus dientes, recordando aquella situación de la que ahora mismo cuenta entre risas, agradecido con Dios y la vida por haberle dado una oportunidad más. -Ese momento es algo que tú no puedes explicar, uno simplemente comienza a perder los sentidos.-

Así como algunos estaban firmes en salvar a todos, para otros el miedo fue su peor enemigo haciendo que su mente se nublara y su rostro se invadiera de lágrimas. Polaco afirma que todos los marinos se creen guapos y valientes, pero en situaciones como estas, hasta el más barón llora. Y esta es una actitud que solo el mar puede provocar, pasar a estar en un momento de total calma y tranquilidad y transformarse en la peor pesadilla de una persona. En ese momento, era una lucha entre las olas y los tripulantes, sin darse por vencidos continuaron trabajando en el motor.

-¡Sigan adelante! No se detenga, podemos salir de estas.- Se escuchaba decir entre la multitud.

Polaco Rosado tan pálido como una flor de cerezo, recordaba cual era el motivo que lo hacía estar presente viviendo la peor experiencia de su vida. Su sueño era poder estudiar una carrera, pero su hermana quien era la única que podía ayudarlo a cumplir su cometido, no se encontraba en las mejores condiciones para costear los estudios de todos los Rosado Padilla en el mismo período, así que Polaco con serenidad y paciencia esperó que fuera su turno y para ello, decidió aprovechar el tiempo navegando, conocer el mar, otros lugares que no fueran las playas de la Guajira, pensando que era una excelente oportunidad incluso para obtener unos ingresos propios.

La ansiedad logró apoderarse de cada navegante acompañado de la fatiga y el cansancio insaciable por no poder estabilizar la embarcación. Con lo último que quedaba de respiración, decidieron que ya era hora de olvidar el navío y comenzar

a preocuparse más por sus vidas. Sin pensarlo durante mucho rato, corrieron todos buscando la manera de descargar el bote salvavidas, peleando su sitio de una vez por todas y dejando a un lado el barco.

El capitán Elías al percatarse de las intenciones de su personal, se las ingenió para llegar primero que todos a lo que parecía su única solución, y con un hacha que mantenía consigo, cortó sin dudar las cuerdas que sostenían la pequeña lancha. Su rostro tomó un tono rojizo a causa de la furia que lo invadió al observar como todos pretendían dejar el barco atrás.

-¡Salven el barco porque nos vamos a joder todos!-

Era tanto el respeto que tenía Polaco Rosado hacia Durán Iguarán que en ningún momento refutó sus decisiones, pero él seguía sintiendo como todo el esfuerzo había sido en vano y que pronto llegaría el final.

-Uno ve la muerte, estás al lado de la muerte, la sientes como cuando tú chocas con alguien.- Insiste Rosado en que lo único que pasaba por sus pensamientos era que dentro de unos minutos más todo habría acabado.

No encontraron otra salvación más que seguir empeñados en hacer que el otro motor encendiera. Era la única forma para liberarse de tan tremenda e inesperada condición.

El contrabando comenzó a ser tirado al mar, debían encontrar la manera de quitar peso para ganar un poco más de tiempo. Una parte de la tripulación desocupaba lo más que podían del barco lanzando al mar las armas, tela, oro, televisores, cajas de cigarrillo y todo lo que se atravesara a sus pies.

A Polaco no le importaba si de esa manera los podían descubrir infraganti en pleno ejercicio del contrabando, para él hubiese sido una bendición todo lo contrario. -¡Ojalá nos hubiesen pillado!- Dice Rosado con una sonrisa en el rostro. -Hubiese preferido que me metieran preso que morir en el mar.-

Polaco no sabe cuánto tiempo pasó durante el acontecimiento, solo recuerda que fueron los minutos más eternos de su vida acompañados de un aire frío que rebosaba en el entorno, para él significaba únicamente que la muerte estaba cerca.

Sin embargo, entre la desesperación, el terror y la impotencia, el segundo motor avivó repentinamente. Todos quedaron en un silencio profundo mientras asimilaban que habían conseguido la oportunidad de salvar su vida, de inmediato celebraron entre abrazos, risas, llantos; unos cuantos se arrodillaron en la madera y agradecieron a Dios, otros simplemente se limitaron a seguir pendiente de que el motor funcionara como era debido y así emprender la ruta de regreso a casa.

El color natural de las mejillas regresó al rostro de José Gabriel. Un suspiro profundo era sinónimo de que finalmente podía tranquilizarse y que pronto iba a ver a sus hermanos una vez más.

-Esa fue una experiencia que me enseñó mucho, ser marino me volvió hombre, verraco y valiente porque en el mar, hasta los más valientes lloran.- Reiteraba Polaco Rosado aquellas palabras que quedaron guardadas en su memoria para siempre.

Durante 7 meses estuvo trabajando arduamente para su tío en El Ángelo, tiempo en el que hizo alrededor de cinco viajes, protegiendo el tráfico y velando por que todo se llevara a cabo como era debido. Claramente en aquella época el contrabando era una de las prácticas más vistas en la Guajira, pero para Polaco todo acabó en el instante que le fueron arrebatados 3.500 bolívares en Venezuela, motivo por el que el dueño de la nave decidió que no era la persona adecuada para cuidar de su negocio.

Hoy en día, José Gabriel Rosado Padilla vive felizmente en una hermosa casa cerca a la playa de Riohacha en compañía de su familia. Todo sacrificio que realizó cuando joven se ve reflejado en su actual estilo de vida. A pesar de que alguna vez fue víctima de la traición del mar, desde hace 30 años aproximadamente con fidelidad lo visita cada mañana junto con sus amigos para nadar varios kilómetros, ejercitando su cuerpo y despejando la mente, afirmando que es más grande el amor que le tiene al misterio de las olas, y que hasta el final de sus días será su compañía preferida.

*"El mar es tu mejor amigo, pero también es tu peor enemigo. Él no perdona".*

Polaco Rosado; Riohacha, Guajira.

23/09/16



# Las cenizas mágicas o relato de una Pluviofóbica

Por: Camila Luque Rozo

Mucho tiempo después comprendí lo que causa el miedo en las personas. Entendí que está presente en cada área de nuestra vida, que nos educamos con miedo, socializamos con miedo y nos gobiernan con miedo. Es inherente al ser humano y, con tan solo un poco de él, se puede lograr que muchas personas, o una sola, actúen y piensen de cierta manera. Pero esto lo supe mucho tiempo después; cuando la vi por primera vez pensé que era una especie de bruja, o ángel, no sé, pero realmente creí que podía detener las lluvias. Todos lo creímos.

Desde muy pequeña le temí a las tormentas, cada vez que el cielo se ponía gris sentía algo desagradable en las entrañas y, cuando empezaban a caer agua, era mucho peor; sobre todo en un pueblo como Buenavista (Guajira) donde los aguaceros llegan con gotas del tamaño de una canica, acompañadas de brisas heladas que hacían temblar aun a los arboles más grandes, lo que acentuaba mucho más mi miedo.

Aquel día pintaba oscuro, incluso los campesinos habían preparado los cultivos para la lluvia que se avecinaba. Yo esperaba ansiosa en la terraza de mi casa. Ya comenzaba a aguarse el semblante y pronto los pronósticos se hicieron ciertos cuando empezó a serenar. Entonces, como si fuese un relámpago, desde la tienda de la esquina una mujer salió corriendo a toda marcha atravesando la plaza y dejando tras de sí un rastro de plátanos, huevos rotos y unas ramitas de perejil.

-Ya va la Yuya con su locura – escuché decir a mi abuela que veía lo mismo que yo.

Ese día, a mis 7 años de edad, recién llegada al pueblo, la vi por primera vez.

Julia Pitre, mejor conocida entre los buenavisteros como “La Yuya”, era una mujer bastante peculiar. Desde su físico hasta su comportamiento causaba incertidumbre y desconcierto entre los vecinos; tanto así que hoy, después de 60 años de haberla conocido, sus anécdotas siguen sonando en las calles del pueblo.

Describirla físicamente es fácil, todos en Buenavista tenían algo que decir sobre su apariencia. Piernas demasiado largas como para ser bellas, la textura de un perro que lleva 2 meses sin comer, piel del color del fango y ojos similares a los de una vaca a punto de parir. Sin embargo, hablar de su comportamiento es un poco más complicado. En ese aspecto, no había palabras que la definieran justamente.

La Yuya tenía 3 trabajos. Desde el amanecer hasta la caída del sol era dueña de la única tienda del pueblo, donde con gran amabilidad despachaba alimentos a todos los habitantes de Buenavista. Su tienda funcionaba en la esquina superior derecha de la plaza, en un almacén pequeñísimo al lado de la casa que, por su tamaño, llamaban “la cajita de fósforos”. Al interior de la tienda, sobre el mostrador, había unos 20 (o más) recipientes que, a lo largo del día, se iban llenando de monedas; cada uno recibía el dinero proveniente de la venta de un artículo específico, estaba el tarro del arroz, el potecito del gas, la taza de la leche, y así con cada producto que tenía la Yuya en su tiendita.

Con la llegada de la noche, Julia daba inicio a su segundo trabajo, el más sencillo y a la vez el más solicitado. Eliminar las arrugas de las prendas, planchar ropa.

-Martha, llévale este vestido a la Yuya – dijo mi abuela después de verla correr por la plaza – dile que para el sábado que voy para el cementerio. ¡Marche ligero!

Me levanté y, como no quería que el chapuzón me agarrara a mitad de camino, anduve rápido en dirección a la casa de “la señora Yuya”. Al llegar la puerta estaba abierta, y en el piso estaban regados cientos de granos de arroz. “¡señora Yuyaaa!”, llamé sin atreverme a entrar. “¡Señora Yuya, mi abuela que le planche este vestido!” dije, esta vez dando un paso al interior de la casita. De un momento a otro, me vi en el límite que separaba la cocina con la parte trasera de la casa, ahí descubrí el tercer trabajo de la Yuya.

En el patio, sobre la arena, se dibujaba una gran cruz de cenizas y, alrededor de ella, la mujer que buscaba daba vueltas gritando, con lágrimas en los ojos y la ropa desacomodada. La Yuya recitaba rezos a todo pulmón y a una velocidad que los hacía incomprensibles, mientras se arrastraba por el suelo. Habían dejado de caer las gotas de lluvia que se desprendían del cielo cuando Salí de la casa de mi abuela.

No acababa de entender lo que sucedía, pero a mi corta edad sabía perfectamente que eso no era normal; entonces, con la misma velocidad que había corrido Yuya hacía unos minutos, salí disparada de vuelta a mi casa dejando el vestido de la abuela tirado en alguna parte.

Cuando llegue donde mis abuelos, era evidente lo asustada que estaba, todos lo notaron.

- ¡Ah!, ¡encontraste a Doña Julia en pleno! - dijo mi abuela soltando una carcajada – se me olvidó avisarte que esa mujé hace locuras cuando va a llover, ja ja ja ja.

No podía hablar, estaba agitada por la carrera (y aún bastante nerviosa), pero mi abuelo, que almorzaba en la mesa del fondo, escuchaba perfectamente lo que sucedía y no dudó en dar su opinión.

-Dejate de cuentos Carmela que esa vaina no da risa – dijo con la boca aún llena de comida -, no ha llovido en todo el mes y como la próxima semana no moje se va a dañar el arroz, y ahí sí que voy a insultar a la loca esa.

-Ya vas con la pendejé esa, Julia no puede hacer que pare la lluvia – respondió la abuela – eso es pura casualidad.

Yo observaba y escuchaba atenta, pero sin decir una sola palabra, no sabía que pensar en ese momento.

-Sigue creyendo oíste, cuando se dañe la cosecha me vas a dar la razón, pero vamos a quedar es jodios. – concluyó el hombre.

Sucedía en aquella época que, debido a la magnitud del temor de Julia Pitre hacia las precipitaciones, cada vez que llovía o amenazaba con serenar, la mujer imploraba desesperadamente ayuda al cielo para detener el agua y, era tan ferviente su suplica, que utilizaba las calles del pueblo para crear cruces de cuchillos o de cenizas pensando que esto llamaría la atención de Dios; pero eran de tal tamaño las cruces que no le bastaba con el polvo de su fogón sino que, en medio de los chubascos, iba de casa en casa robando las cenizas de los hornillos de sus vecinos para ejecutar su extraño ritual.

¿Sería cierto?, ¿podía aquella fea mujer detener las lluvias?

Fueron varios los episodios que vi de la Yuya tratando de detener las tempestades. Incluso, durante un día invernal, fueron 2 las veces que ella salió a las calles con sus cruces y sus rezos. En cada una de las ocasiones que la vi, sin falta alguna, corrió, gritó, se arrastró y se mojó; y que extraña paradoja me parecía a mí que, aun cuando el origen de sus acciones residiera en su miedo a la lluvia, no había aguacero en el que la Yuya no se bañara.

Poco a poco y con el paso de los meses, me acostumbé a ella y fui comprendiendo más la relación del pueblo con doña Julia; parecía ser una especie de correspondencia de amor y odio. La tienda era un éxito, representaba un gran alivio para los buenavisteros no tener que salir del pueblo hasta Distracción para conseguir insumos básicos como el aceite de cocina; lo mismo sucedía con el negocio de planchado, por aquellos días, eran escasos los hogares que contaban con una plancha, y pocas las amas de casa que gustaban de dedicar su tiempo a tal oficio; y, cuando llovía, la Yuya se convertía en el entretenimiento de un pueblo que en ese entonces no conocía la televisión, desde las terrazas de las casas todos veían el espectáculo de la mujer contra la naturaleza.

Sin embargo, cualquier incidente relacionado con sequías, falta de lluvias o escasos de agua, era inmediatamente atribuido a yuya, ya fuese a manera de chiste o acusándola en serio. Algunas veces, mencionar el nombre de Julia Pitre era echarle leña a un fuego que ardía sin límites; era impronunciable en casa de varios vecinos (incluyendo la mía) pues, acorde a lo predicho por el abuelo, las plantaciones de arroz habían perecido por falta de agua, entonces, cargaban en las espaldas de la Yuya toda la culpa de tan grandes pérdida por la sequía.

Era detestada, pero el pueblo se había acostumbrado a ella, era parte de ese universo pequeño y único que constituía Buenavista, no había nadie como ella y, aunque a los 10 yo ya me encontraba viviendo en Barranquilla, hoy vuelvo a Buenavista y todavía algunos abuelos cuentan las anécdotas de la Yuya, así como lo hago yo.



# El último Juglar

Por: Camila Luque Rozo

“Yo creo que todavía no tengo la grandeza como para llamarme juglar, pero agradezco que me lo hayan colocado”.

Con los ojos cerrados y la cabeza gacha, José Hilario apretaba los botones armónicos de su acordeón con la mano derecha, al mismo tiempo que presionaba el bajo en la izquierda, abrazaba y soltaba el fuelle, generando así las melodías que daban voz a la Carmen Díaz de Emiliano Zuleta; entonces, finalizando los acordes de aquel paseo provinciano, de sus ojos brotaron un par de lágrimas que luego limpiaría para levantar la cien y decirme sin tapujos “¿empieza usted o empiezo yo?”.

Juglar es un término que, aunque tiene sus orígenes en la Edad media, ha sido ampliamente utilizado en Colombia para designar a grandes cantautores de la música vallenata, desde leyendas como Francisco el Hombre, hasta vallenateros de pura cepa como Luis Enrique Martínez, Leandro Díaz, Juancho Polo Valencia y Rafael Escalona. Sin embargo, a pesar de que este vocablo ha sido mayoritariamente impuestado a cantantes, hoy el acordeonero José Hilario Gómez Toncel ostenta el título de juglar vallenato, otorgado por sus coterráneos.

Buscar su nombre en Google es inútil, son muy escasas (casi ninguna) las referencias encontradas hacia él en internet, pero en Fonseca, la tierra que lo vio nacer hace más de 67 años, mencionar a José Hilario presupone terminar en una parranda vallenata segura.

De pequeño fue inquieto por la música, pero, desde siempre, esta representó un reto para él, pues su madre, Matilde Toncel, se declaraba enemiga de las melodías y tenía terminantemente prohibida cualquier tipo de interpretación musical dentro de su casa; de tal forma que, a modo de rebeldía, José Hilario buscaba a toda costa la forma de hacer sonar algún instrumento, incluyendo sus labios al silbar. Cuenta entre risas que lo primero que aprendió a tocar fue la dulzaina, pasaba sus días escondido tras las puertas soplando la boquilla de aquel instrumento, que pronto dejaría a un lado para conocer el aparato musical que convertiría su vida en un largo vallenato.

“A mi realmente no me gusta el acordeón, no es el instrumento que llena mis expectativas musicales, pero me tocó aprenderlo porque era el único instrumento que escuchaba cerca”, afirma Gómez Toncel; pero lo cierto es que, en el momento en que escuchó aquellas cadencias, entonces desconocidas, tras una pared de su casa, José Hilario no pudo evitar correr para asomarse y ver al gran Jesús Torres que ensayaba armonías provincianas. Desde entonces, cada día se escapaba de su hogar para escuchar al músico que, aunque no le enseñó propiamente dicho, considera su maestro.

Aquellas tardes en casa de Jesús Torres las pasaba sentado en un banquito analizando cada uno de los movimientos que ejecutaba el acordeonero, ignoraba su canto por completo, pero prestaba suma atención al desplazamiento de los dedos de Jesús sobre la caja de su acordeón y, poco a poco, fue identificando las combinaciones que producían un sonido determinado, así como los patrones al oprimir y soltar los pliegues del instrumento. Cada vez que el músico soltaba el acordeón para descansar y tomarse un vaso de aguapanela, José Hilario se apresuraba a cargar entre sus brazos el pesado artefacto para intentar hacerlo cantar, pero apenas escuchaba un sonido, Jesús corría a evitar que fuese dañado su precioso acordeón.

De esta forma, el joven José Hilario fue conociendo la música provinciana y a sus intérpretes en Fonseca, encontrando en ella un refugio, una forma de escapar de las prohibiciones y sumirse en eso que tanto lo apasionaba. Las parrandas vallenatas se convirtieron en su escuela y la música en su hogar; y aunque su madre lo perseguía para sacarlo de los toques, él hacía hasta lo imposible por regresar a ellos, llegando a considerarse a sí mismo un fugitivo de la música oculto en la tierra de cantores.

Tiempo después, ante los repetitivos encuentros con la furia de su madre, José Hilario fue enviado a Cartagena, lejos de las influencias de los vallenateros del pueblo, eso sin contar que, en la capital bolivarense, lejos de la opresión de doña Matilde, el futuro compositor podría soltarse más en la ejecución del acordeón y afinar su sensibilidad musical.

Al volver a Fonseca, con sus habilidades en la interpretación musical mejoradas, Gómez Toncel pasó de colarse en las parrandas a ser invitado a tocar en ellas, y su nombre empezó a sonar en el murmullo de los foncequeros, que afirmaban que el muchacho se estaba convirtiendo en un gran acordeonero. Así, a la par de su crecimiento musical, crecía el reconocimiento de José Hilario en el universo del vallenato llevándolo a grabar su música al lado de grandes cantores como Silvio Brito, Gustavo Gutiérrez y Orlando Marín; llevando el vallenato provinciano a diferentes rincones de Colombia y el mundo.

En ese momento, José Hilario detiene la entrevista. Se levanta, engancha el acordeón en su pecho, desabrocha el fuelle y empieza a tocar. Aprieta los botones sin vacilar y se sumerge en las notas que emana su instrumento, melodías que evocan un punto en medio de la Sierra Nevada de Santa Marta, las estribaciones de la serranía del Perijá y las riveras del río Ranchería; un valle de notas musicales coloridas, folclor provinciano. Mientras tanto, alguien a su lado canta:

*“Alguien me dijo de dónde es usted  
que canta tan bonito esta parranda  
si es tan amable cántela otra vez  
quiero escuchar de nuevo su guitarra.  
Óigame compa, usted no es del Valle,  
del Magdalena ni de Bolívar*

*pues se me antoja que sus cantares  
son de una tierra desconocida  
y yo le dije si a usted le inspira  
saber la tierra de dónde soy  
con mucho gusto y a mucho honor  
yo soy del centro de la Guajira”*

***(El cantor de Fonseca – paseo de Carlos Huertas)***

Al finalizar la tonada, con la misma melancolía del paseo que acaba de tocar afirma, “Fonseca es mi cielo, yo pude haberme quedado por fuera, pero no tuve el ánimo ni los pantalones para darle la espalda a mi pueblo; yo nací aquí, aquí he vivido y aquí estaré hasta que me den los últimos minutos. Yo de aquí no me voy”.

El amor que José Hilario profesa por su tierra natal es indescriptible, supera incluso su pasión por la música; y ese amor no es sino nutrido por el apego que siente hacia sus amigos, sus costumbres, al gritado y al “vei” que caracteriza a cualquier guajiro raizal. Este afecto por Fonseca y las ganas de ver el pueblo crecer lo han llevado a figurar en 4 ocasiones como presidente del famoso Festival del Retorno, logrando en cada una de las oportunidades obtener desde instrumentos musicales e infraestructura para el festival, hasta recursos para la creación de escuelas municipales, todo esto en beneficio de la preservación del folclor nativo de Fonseca.

Sin embargo, su interés por apoyar la cultura de su pueblo no nace únicamente en el cariño hacia este, sino que, también es impulsado por la percepción que tiene acerca del estado del vallenato como género musical en este momento. Gómez Toncel afirma que la supuesta evolución musical ha arrasado con lo viejo, lo histórico, lo tradicionalmente provinciano; y, por el contrario, la llamada “nueva ola” del vallenato ha ido decapitando aquello que representaba orgullo para los guajiros y sobre todo para los fonsequeros. Desde su punto de vista, los espectáculos televisivos han influenciado negativamente en las nuevas generaciones afectando la apreciación de las promociones más jóvenes sobre la identidad folclórica del arte vallenato, dándoles una idea errada de lo que es realmente esta música.

Tal modo de pensar lo llevó hace unos años a formar parte de la Comisión Nacional del Patrimonio, manteniendo firme la idea de que haber declarado al vallenato patrimonio inmaterial de la nación y de la humanidad, puede ayudar a revivir la música de acordeón; eso, siempre y cuando el gobierno se enfoque en la que él considera es “la verdadera música vallenata, y no en la nueva ola que tiende a opacar el accionar histórico” del vallenato.

Hoy, José Hilario Gómez Toncel pasa sus días esperando ver volver la música provinciana, escuchando música clásica por las tardes, pero manteniendo al vallenato de antaño como un estado permanente de su alma; y, aun cuando afirma que en estos días le toca pagar pa’ poder tocar el acordeón, en Fonseca es considerado como el último verdadero juglar.



# Las mulas de don goyo

Por: Laura Rincón Ballesteros

Según la historia Guajira, anteriormente toda familia decente debía poseer por excelencia una mula, caracterizada por ser un animal robusto y lo suficientemente fuerte como para transportar grandes niveles de carga entre los diferentes corregimientos aledaños.

Es por ello que desde comienzos del siglo XX hasta aproximadamente los años 60', era el único medio disponible para los habitantes de pueblos como Conejo, Fonseca, Barranca y Distracción.

Don Goyo era un sencillo campesino que despertaba cada día dispuesto a trabajar honradamente por el sustento de su familia. Como de costumbre, se encontraba una mañana muy temprano velando por que sus tierras permanecieran en las mejores condiciones, que su ganado estuviera alimentándose correctamente y de paso, se dedicaría a recoger los huevos destinados para el desayuno.

Al ser un día soleado, no demoró en sentir el cansancio del calor y decidió sentarse bajo la sombra de un gran árbol que se ubicaba varios kilómetros atrás de su finca. Sacó de su mochila Wayúu una botella de agua y por unos segundos disfrutó del refrescante líquido.

Minutos más tarde decidió que ya era hora de regresar a su techo, así que con ayuda de un garrote que el mismo había construido sacado de la madera de un viejo palo, se sostuvo para lograr colocarse de pie.

Un tropezón del bastón con algo que yacía a un lado en el suelo, difícil de percibir debido a su escondida posición, captó la atención de Don Goyo. Examinó con calma el objeto, lo tanteó con los pies y de inmediato lo extrajo de la tierra.

De su bolsillo sacó un pedazo de trapo que utilizaba para secar el sudor de su frente, y limpió con cuidado el misterioso objeto. Poco a poco, se percató de un ligero brillo que brotó de aquel elemento.

-¿Oro?- Comentó para sí mismo con un suave tono de voz. Con la mínima cantidad de agua que le quedaba, la uso como herramienta para quitar completamente la suciedad que ocultaba lo que parecía un lingote de oro. Sorprendido por lo que estaba sucediendo, corrió tan rápido como pudo a su hogar y sin dejar que su mujer

dijera una palabra, agarró con firmeza la pala y emprendió camino a lo que parecía la solución de su vida.

Mientras más escarbaba, más lingotes de oro encontraba. Cuentan los guajiros en la actualidad que esa enorme guaca que descubrió Don Goyo no era más que la riqueza de sus antepasados, quienes lo enterraron en la zona más apartada que pudieron, siendo aquel humilde campesino el afortunado de haberla encontrado.

En esos momentos existía un conflicto de tierras entre las familias que vivían en los alrededores, lo que hacía que no fuera seguro para Don Goyo mantener el tesoro en su casa o en cualquier lugar cerca de la guerra que afectaba a todos los habitantes.

Como pudo, vació todo el hueco donde estaba el oro y lo cargó en las 12 mejores mulas que tenía en su rancho.

A primera hora del día siguiente, se arriesgó a transportar todo lo que recientemente había encontrado a una zona más alejada y en donde no pudiera ser encontrada, evitando los sectores peligrosos de la región para poder ir y venir cada vez que fuera necesario.

Hoy en día, la historia de las mulas de Don Goyo hace parte de la tradición guajira recorriendo los diferentes municipios que comprenden Río Ranchería, es decir, Fonseca, Barrancas, Albania, entre otros.

Dicen los individuos que lo que actualmente conocemos como el Cerrejón, el mayor proyecto minero de la Guajira, es la secuela de todo el oro que ocultó Don Goyo; algunos piensan que al contrario del metal precioso, el campesino halló carbón, reservándolo y formando el yacimiento ecológico mencionado, uno de los sitios más representativos de ese territorio.

Las esperanzas no se pierden entre los residentes. Varios pobladores han abordado camino en busca de la guaca y las 12 mulas, contando con la suerte de encontrar los lingotes de oro, pero nunca nadie ha sido capaz. El imaginario colectivo de los moradores es que Don Goyo no dejó rastro de los bienes o que simplemente otras personas se adelantaron obteniendo los lingotes y yéndose acaudalados.

Sin embargo, ese espíritu soñador del hombre guajiro sigue vigente, creyendo que muy pronto van a atinar con el punto exacto donde se encuentra el carbón o el oro, enriqueciendo a la cultura y su territorio para poder convertir a la Guajira en una sociedad más pacífica.

Es de esta manera que Don Goyo ha vivido en las narraciones emitidas en las distintas épocas, transmitiendo los acontecimientos de generación en generación entre los 15 municipios que comprende la Guajira, haciendo parte de la memoria colectiva y promoviendo la importancia de mantener la tradición oral para no perder la costumbre de contar aquellos relatos que representan la historia general de la población.





# Espantos y espantados

Por: Carolina Ortiz

Generaciones enteras del pueblo de Buenavista han crecido escuchando situaciones paranormales, sucesos que no se pueden explicar, pero que poco a poco se han vuelto tradiciones orales para contar en familia. Este pueblo cree fervientemente que existen las brujas y los espantos, aunque existen muy pocas personas que creen que son productos de la imaginación, ocasionadas por el licor que se consume en esta región de la Guajira.

Las personas creyentes a estos acontecimientos, se han hecho expertos en descifrar cuando pasa una bruja y hasta saben cómo reaccionar ante tal situación, como, por ejemplo, la utilización de sal o una cabeza de ajo es un elemento que sirve para alejarlas, pero lo que tiene más efecto son cruces de palma que si son bendecidas un domingo de ramos son las efectivas para ahuyentarlas.

Igualmente se cree que es de mal agüero escuchar y ver a una lechuza porque es el animal de preferencia para la transformación de estas mujeres, pues son utilizado para inspeccionar y examinar los lugares. Existe un refrán muy antiguo que hace referencia a la relación entre esta ave y las fuerzas oscuras que dice "Cuando el Tecolote canta el indio muere, esto no es cierto, pero sucede".

Las personas más conocedoras del tema como el señor Luis Córdoba que prefiere que le digan el Negro Córdoba, sabe distinguir el sonido que hace una bruja en las noches, pues su chiflido es agudo y prolongado. Este hombre en sus 62 años de vida, ha visto brujas en Buenavista, espantos como La Cubana y ha sido testigo del paso de La Llorona, que fue el susto más grande que ha padecido.

\*\*\*

La primera vez que vi al espanto de La Cubana fue a las 9:00 de la noche, me encontraba tomando unos tragos con mis amigos en el parque de Buenavista, cuando de repente vi a un niño negrito que estaba desnudo en medio de la plaza, sin nadie que lo cuidara, podría tener como unos 6 años, pero le grité:

- ¡Oiga pelao váyase para su casa, mar de aquí!

El pelaito me hizo caso, pero cuando se iba retirando de la plaza se fue transformando en un hombre alto como de unos 30 años de edad, quede helado pensé que era el ron que me estaba afectando, pero al siguiente día me coloque nuevamente a las 9:00 de la noche en la plaza esta vez a tomar sola una cerveza en las bancas del parque, cuando veo de repente el mismo pelaito de ayer, salí corriendo tras él, pero se entró a la iglesia yo estaba vestido con una pantaloneta, sin importar el protocolo que tenía el sacerdote del Buenavista que no dejaba entrar a los hombres con un pantalón corto al recinto sagrado, entré sin pensarlo a buscar al niño, pero no encontré nadie la iglesia estaba sola, se me desapareció de repente.

Pero no solamente el espanto de La Cubana lo he visto yo solamente, también otras personas han comentado que se les aparece y desaparece sin explicación alguna como un día que mi amigo el difunto Faider venia corriendo y gritando a la vez

- ¡Negó, me salió el perrón, el perrón!

Mi difunto amigo tenía un poco la lengua pegada por eso decía "El perrón" en vez de decir perro. Mi compadre me cuenta que se encontraba en el campo de futbol cuando de repente vio a un niño desnudo corriendo en el campo de futbol, pero que de repente se convirtió en un perro excesivamente grande, podía alcanzar a medir dos metros pero que tenía unos ojos rojos que parecían dos linternas, el compadre Faider a la vez semejante animal salió corriendo en busca de mi ayuda, lo único que pude hacer era acompañarlo de vuelta hacia su casa, pero yo estaba atemorizado que llegado a la esquina de su refugio le dije:

- Te va a tocar echar una corridita de aquí hasta la puerta.

- El compadre me hizo casi, me quedé en la esquina esperando que entrara a su casa, mientras Faider iba gritando:

- ¡Má abríme la puerta, abríme la puerta!

Cuando ya mi amigo se encontraba a salvo dentro de su casa, me fui a dormir a la mía, pero al día siguiente escuché un grito, salí a mirar que ocurría, una jovencita había visto también al perro, pero ese si cayó privadito en medio de la plaza.

Pero yo no solamente he sido testigo de La Cubana, también he visto y escuchado brujas por todo Buenavista sobre todo en el techo de mi casa, como cuando una noche sentí un ruido extraño en el techo de mi cuarto, me salí a mirar por el patio para tener una mejor vista, y allí estaba posada en mi tejado, me fui directico para la cocina a conseguir sal para alejarla, pero que va, no sirvió de nada, se quedó allí toda la madrugada. La noche siguiente volvió a instalarse en mi casa, pero esta vez estaba preparado con una moneda de plata, la cual le lancé y nunca más volví a verla.

Hasta que un día, que me encontraba de parranda con mis amigos en mi casa, decidimos comprar un gallina para hacer un sancocho y soportar el chirrinchi. Cuando de repente al frente de la casa donde nos encontrábamos dos gallinas se instalaron a comer, una era de color rojizo y la otra azulada, decidí atrapar alguna para asegurar la comida, pero duré una hora detrás de los dos animales, no podía agarrarlas, hasta que decidí buscar mi escopeta para darle punto final al asunto, cuando ya tenía la puntería fija lista para darle, escucho que mi tío me dice:

- -No le recomiendo que les dispare, porque son brujas.

Me quede quieto en primera base, observando a los animalitos, hasta que a la media hora de repente chiflaron y saliendo volando frente a mis ojos. Por ultimo voy a contarles el susto más terrible de mi vida, el día que pensé que me iba a morir porque fui testigo de la leyenda de La Llorona la vi con mis propios ojos.

Yo tenía una novia en Paraíso un pueblo aledaño a Buenavista, todos los sábados después de la misa de las 7:00 de la noche me iba en bicicleta a visitarla, pero un día cuando iba de camino a su casa, escuche un llanto muy fuerte proveniente de la maleza que tenía el camino alrededor, de repente sale una señora vestida de blanco, cargando un niño entre sus brazos, la señora lloraba muy fuerte, sentí mucho miedo que lo único que hice fue dar media vuelta y pedalear lo más rápido que daban mis piernas. Con el corazón a mil, recordé un cuento que me contaba mi abuela cuando estaba pelao, donde me advertía que, si alguna vez veía a una mujer con un niño llorando entre los brazos, ese sería el último día de vida, pues sus estremecedores lamentos pueden hasta ahuyentar hasta un perro. Tembloroso llegué a Buenavista cuando llegué a mi casa y lo único que le dije a mi mama fue:

- ¡Mierda má, mañana voy a amanecer muerto, me apareció La Llorona!

En el mañana siguiente no estaba muerto como esperaba, pero si amanecieron cinco personas muertas en las fincas aledañas, la mortandad comenzó desde el municipio de Distracción, todos en el pueblo supimos que había pasado La Llorona.



## Anecdótico

En los pueblos pequeños las noticias viajan rápido. Cuando la infantería de marina llegaba a los territorios más alejados de La Guajira, las damas de la calle se preparaban para ejecutar su faena frente a los héroes de la patria, esperando ser elegidas por uno o dos para entregar los placeres que su cuerpo ofrecía. En Buenavista, cuando el batallón mecanizado No. 2 Rondón estaba de fiesta, la primera en prepararse era Saltación, una vieja mujer de cuello colgado y piernas hinchadas que no guardaban ningún secreto entre ellas; y cuando era una noche productiva, todo el pueblo y sus alrededores daban cuenta de ello.

- ¡Méteme hasta la bota!- gritaba la vieja prostituta, y todos saltaban de la risa.

\*\*\*\*

En Distracción había un hombre al que le apodaban El Troyano y, como característica principal, le atribuían ser muy mala paga. Algún día llegó al negocio de Sara Pitre, quien expendía licor y cigarrillos en la madrugada por una pequeña ventanita de su casa, exclusiva para trasnochados. El troyano se acercó hasta la ventanilla de Sara y gritó: "Sara, despácheme una botella de wiski y un paquete de piel roja... y los vueltos que el billete es de 20"; cuando tuvo todo esto en sus manos se despidió diciéndole, "bueno, Sara, mañana te pago".

\*\*\*\*

Cuentan los buenavisteros más veteranos que por aquellas épocas un narcotraficante se daba posada en una finca a las afueras del pueblo. En su morada, el hombre daba cabida a las fiestas más exuberantes, sin embargo, lo que sucedía al interior de estas representaba un misterio para los habitantes de Buenavista, pues, ninguno de ellos era invitado a dichas juergas. En una de las ocasiones, varios hombres se habían reunido a jugar dominó en la esquina de la plaza y, al mismo tiempo que sonaban las fichas golpeando contra la mesa, se escuchaba de fondo el ruido, la música y el jolgorio que daba lugar en la hacienda del mafioso. Finalmente, uno de aquellos hombres sucumbió ante la curiosidad y decidió ir a ver lo que sucedía en el lugar, mientras los demás esperaban su regreso con la información.

Al llegar al portón de la finca donde se desarrollaba el evento, el hombre se asomó a través de una estrecha grieta en la pared, logrando divisar lo que ocurría. Allí, al interior del lugar, decenas de mujeres en ropa interior y vestido de baño bailaban alrededor de un pequeño número de hombres que bebían y bebían litros de alcohol. La sorpresa del hombre fue tan grande que cuando volvió a donde estaban sus compañeros de juego y, ante la pregunta acerca de lo que había visto, respondió:

¡Compadres, ahí lo que hay es un chuchal!

Desde entonces, ese ha sido el nombre por el que se le conoce a los terrenos baldíos de Buenavista donde antes solía residir un narcotraficante.

\*\*\*\*

Dicen los abuelos de Buenavista y cañaverales que cuando llegó por primera vez el automóvil al territorio, era tan extraño el aparato que las personas pensaban que se trataba de demonios que empezaban a reinar en la tierra. Gracias a eso, fueron muchas las migraciones de los pueblos a las ciudades, la gente empezaba a huir de aquellos monstruos que rugían y echaban vapor; es por esto que muchas poblaciones se vieron disminuidas y varias familias se asentaron en otras partes del país.

\*\*\*\*

En muchos pueblos de La Guajira donde, si bien no había miseria, el dinero no abundaba, se acostumbraba a escoger a uno de los hijos para que se convirtiera en el profesional de la familia; usualmente, desde muy jóvenes se conocía quien sería el seleccionado para esto, pues se decía era “el más inteligente” y recibiría aportes de todos para culminar el bachillerato y posteriormente enviarlo a una universidad en la capital.

En esta familia de 9 decidieron que Jesús, el 5to hijo sería el que se convirtiera profesional, por lo tanto, fue enviado a Valledupar a terminar su bachillerato en la escuela militar; más fue enviado también Jacobo quien, aunque no estaba predestinado como Jesús, en un esfuerzo de los padres pudo recibir educación media completa.

Cuando ingresaron los estudiantes, el rector del colegio, el profesor Manjarrez alineo a todo el alumnado en el patio, les dio la bienvenida y en orden les fue preguntando uno a uno: “¡atención!, ¿usted que prefieren ser, bruto o estúpido?”. Los jóvenes Invariablemente contestaban una u otra respuesta sin recibir réplicas del profesor. Cuando llegó el turno de responder a Jacobo este afirmó preferir ser bruto, pero a medida que iban avanzando las preguntas el miraba insistentemente la fila donde se encontraba su hermano (el inteligente) y sorpresivamente su hermano dijo, estúpido. Jacobo, consternado ante la respuesta de su hermano pensó estar equivocado y se cuestionaba la respuesta que había dado. Entonces, llamo rápidamente la atención del maestro y dijo, “profesor Manjarrez, profesor Manjarrez... yo mejor prefiero ser estúpido”.

\*\*\*\*

En Fonseca, alrededor de los años 50, los médicos eran muy escasos; uno de los pocos que había, y a la vez el más famoso, era el doctor Isidro Marulanda, quien de formas muy prácticas resolvía los problemas de la salud de sus pacientes. Si llegaba, por ejemplo, un hombre diciendo "doctor, es que me duele la rodilla cada vez que me agacho", el con mucha seriedad y concluyendo la cita decía, "no te agachei".



## Agradecimientos

José Hilario Gómez Toncel, Fonseca, La Guajira.  
Jacobó Senén Solano Parodi, Fonseca, La Guajira.  
Manuel Escalante García, Fonseca, La Guajira.  
Nora Solano, Riohacha, La Guajira.  
Álvaro Rozo Solano, Riohacha, La Guajira.  
María Cristina Salinas, Buenavista, La Guajira.  
Juanita Molina, Buenavista, La Guajira.  
Martha Gómez, Cartagena, Bolívar.  
Carlos Julio Rozo, Cartagena, Bolívar.  
Luis Córdoba, Buenavista, La Guajira.  
Leonardo Cera, Buenavista, La Guajira.  
Imelda Bermúdez, Buenavista, La Guajira.  
José Medina, Buenavista, La Guajira.  
Juan Salinas Molina, Buenavista, La Guajira.  
Alejandro Granadillo, Buenavista, La Guajira.  
María Julia Ribeira, Poromana – Riohacha, La Guajira.  
Víctor Mendoza, Conejo-Fonseca, La Guajira  
Kaleth Cera, Buenavista, La Guajira.  
Kadid Cera, Buenavista, La Guajira.  
Edward Cera, Buenavista, La Guajira.  
José Gabriel Rosado padilla, Riohacha, La Guajira.  
Mónica Rozo Gómez, Cartagena, Bolívar.

\*\*\*\*

Les damos las gracias por contarnos sus historias, por acompañarnos en nuestro viaje y por guiarnos a lo largo de este proceso. Sin ustedes no hubiese sido posible la redacción de este libro y la culminación de nuestra investigación.

